

Yo también lloré

por Concha López Narváez



Edmondo de Amicis.



Concha López Narváez.

Corazón

A los doce años yo leía con entusiasmo todo lo que caía en mis manos. Un libro nuevo significaba una promesa de nuevas emociones, y un libro sin empezar que esas emociones estaban intactas; siempre esperaba un poco antes de abrirlo sintiendo entre las manos el placer de tenerlo todavía entero.

Me gustaban los libros de muchas páginas, y *Corazón* las tenía. Me lo prestó una compañera de clase, creo que la víspera de unas vacaciones de

Navidad. «Trata de gente antigua que da consejos y llora mucho; pero es bonito». Me dijo al dármele.

Efectivamente los personajes de aquella historia, o de aquellas historias, eran gentes antiguas que daban consejos y lloraban. ¡Vaya si lloraban! Yo también lloré. Me parece que nunca he llorado tanto leyendo un libro. Cuando lo terminé tenía el corazón encogido y el alma completamente empapada. Pero era bonito.

Bonito y triste, sólo eso fue *Corazón* para mí cuando tenía doce años.

Entonces no sabía nada de intencionalidades políticas, religiosas ni morales; un libro me gustaba o no, ése era mi único análisis. Y creo que el libro me gustó porque me pareció verdadero. Verdaderas me parecieron la mayor parte de sus anécdotas y casi todos sus personajes.

Hay que tener en cuenta que en aquellos años cincuenta, que fueron los de mi infancia-adolescencia, aún había en nuestro país muchos niños que se veían obligados a trabajar, bastantes que arrastraban una tuberculosis mal curada, y algunos que morían de sarampión, de gripe, o de cualquier otra enfermedad que hay que considerarla de poca importancia.

Quizás los niños burgueses que vivían en ciudades no tuvieran conciencia de ello; pero yo vivía en el campo y mis amigos eran niños campesinos, hijos de braceros o pequeños agricultores. Verdaderos amigos a pesar de las diferencias de clases; diferencias que, por otra parte, yo no percibía.

La tristeza y la muerte, que tanto se prodigan en la narración de *De Amicis*, también se prodigaban en el campo andaluz en la década de los cincuenta. Los niños no podían sustraerse a esas dos realidades porque eran protagonistas o testigos de ellas. Quizás por eso yo no viera el exceso de sentimentalismo dramático que otros vieron en *Corazón*. La vida de mi entorno era dramática demasiadas veces.

Recuerdo, por ejemplo, una tarde de otoño. Era domingo y yo jugaba con otros niños en el jardín de mi casa. De pronto unos golpes secos nos

rompieron el juego: alguien martilleaba cerca del establo; era un ruido presuroso y desacompasado que nos sorprendió, entre otras cosas, porque los domingos solían ser días de silencio. Corrimos jardín abajo: Francisco, el huertero, estaba uniendo tablas afanosamente. Trabajaba deprisa, y no tenía un cigarro entre los labios, ni tampoco silbaba, que era lo que habitualmente se hacía para engañar al cansancio o al aburrimiento.

Miramos el extraño cajón alargado que estaba haciendo. Nos recordaba algo y no sabíamos qué era.

—¿Qué haces?— le preguntó uno de nosotros.

—Se ha muerto mi Enrique— nos contestó sin mirarnos y sin interrumpir el trabajo.

Entendimos de pronto a qué nos recordaba el cajón alargado y nos miramos sorprendidos y angustiados. Enrique tenía cinco años y su pecho era un nido de toses; pero una semana antes aún podía jugar, y reía, con los ojos brillantes de entusiasmo y de fiebre, cuando lo montamos en Catalina, la burrita enana.



En la tarde de otoño los golpes sonaban a tristezas: «Se ha muerto Enrique, se ha muerto Enrique».

Quizás por esta muerte y por otras varias que sin ser mías, se me quedaron dentro, *Corazón* de Edmundo de Amicis, me pareció un libro verdadero y triste. Yo siempre he sabido que la tristeza y la alegría son sentimientos absolutamente verdaderos. Y no saqué de él ninguna otra consecuencia ni entendí ninguna otra cosa que no fueran sentimientos; tampoco entendí que la muerte de aquel Enrique, pequeño y tuberculoso, por ser hija de la miseria, además de ser triste, era cruelmente violenta.

Ahora, treinta y ocho años después, la lectura de *Corazón* ha sido por supuesto distinta, aunque no menos emotiva que la primera vez, sobre todo al reencontrarme con los personajes. «Aquí está Garrone, el bueno de Garrone, grandullón y tierno» pensé en las primeras páginas. No sé por qué, pero recordaba perfectamente a aquel niño-hombre que nunca abusaba de su fuerza. «Me parece que se moría su madre», seguí pensando, y salté unos cuantos capítulos. Efectivamente, la madre de Garrone se moría, y yo volví a llorar aunque con cierta vergüenza.

Y éste es precisamente mi primer apunte positivo: la fuerza de la narración y de los personajes. A pesar del estado lacrimoso y sensiblero, a pesar de que ya reconozco en un libro casi todas las intencionalidades, he vuelto a llorar cuando Garrone lloraba.

Pero lo verdaderamente importante en este libro es que se trata de un documento socio-histórico que recoge unos de los momentos más interesantes de la Italia moderna: el de su unificación.

Todo en el texto está en función de un país recién nacido: la vida social, la descripción de caracteres arquetípicos, la reiteración de las normas morales, lo falso de las relaciones entre clases distintas, hasta la absoluta resignación ante cualquier tipo de des-

gracia... Todo puede ser entendido si se piensa que en aquellos momentos no había nada en Italia que tuviera más importancia que el fortalecimiento de la conciencia de nacionalidad.

Desde la primera a la última página se alecciona a los jóvenes lectores para que se perfeccionen y se les anima al sacrificio. Pero el perfeccionamiento de la nación y el sacrificio personal tendrá como fruto el engrandecimiento de la patria.

En el libro no hay un solo sentimiento de rebeldía y no se pronuncian palabras de protesta ante las evidentes diferencias sociales. Se ensalza, por ejemplo, al niño trabajador; pero no se hace nada para que deje de serlo. Resignación, Resignación con mayúscula, es uno de los sentimientos claves del texto. Pero es que protestas y rebeldías podían tener un coste demasiado alto en una nación que no podía permitirse el riesgo de fisuras, porque una sociedad que se está fraguando necesita de compartimentos estancos. Por eso las clases sociales se respetaban, pero no se mezclaban, excepto en la escuela pública, que era



fundamentalmente un lugar para el conocimiento.

«Todos juntos, todos hermanos; pero cada uno en su puesto». Esta parece ser la tesis social de Edmundo de Amicis en un momento en el que en Europa se organizaban ya los movimientos obreros.

En un determinado pasaje, un obrero, padre de uno de los protagonistas, dice lo siguiente: «Dentro de algunos años, Enrique y Berossi serán abogados o profesores, y vosotros cuatro estaréis en un negocio o en un oficio»,



y algo más tarde añade: «¡Vivan los buenos compañeros y también viva la Escuela Pública que hace a todos miembros de una sola familia, los que tienen y los que no tienen».

Si no fuera porque estamos siendo testigos de algo que se desarrolla en la Italia de 1880, estos párrafos serían sorprendentes en la pluma de un hombre de ideología socialista, que fue autor de títulos tan significativos como: *Socialismo e patria*, *La causa*

dei disperati o *I nemici del socialismo*. Está claro que De Amicis trata de apoyar una sociedad donde las clases existen; pero conviven guardando las distancias y sin resentimientos. Sin embargo, esta sociedad estereotipada no es producto del egoísmo de unos pocos, sino del convencimiento, que se adivina sincero, de que es necesaria a la patria.

Y la patria es el sacrosanto ideal, siempre presente, a la que se venera y se trata de engrandecer.

Otra conclusión que el lector adulto extrae de la lectura de *Corazón* es el énfasis con que se exaltan los sentimientos: los padres y los hijos se hablan con ternura y expresan su cariño con frecuencia y sin pudores; pero no son sólo los padres y los hijos, los amigos también demuestran con gestos y palabras el afecto que se tienen; y los maestros que acarician a sus alumnos y no se recatan en pedir algo del amor que ellos les brindan.

No hay en este libro esa ocultación de sentimientos que según se ha pensado, es una de las características del siglo XIX. Parece que De Amicis quiere romper moldes y abogar por una ternura que, según se desprende del texto, él creía necesaria para caminar por la vida con seguridad y armonía. El interés didáctico en este sentido es claro, se hace una continua educación de sentimientos y además se habla de delicadeza de espíritu. El autor trata de enseñar a los niños, machaconamente (quizás machacar sobre esto nunca sea demasiado), a evitar a los demás cualquier motivo de vergüenza o sufrimiento, a no humillar a otros, a no alardear ni a molestar con su preponderancia.

En fin, es obvio que en *Corazón* se pretende dirigir, pero no manipular, que se exponen demasiadas normas morales, pero no se trata de imponerlas.

Es curioso que no se hable de castigos ni sanciones. Por otra parte estas normas morales no son patrimonio de una ideología religiosa o polí-

tica, sino que emanan de un humanismo sin apellidos.

Aunque, teniendo en cuenta las circunstancias históricas, en el texto de De Amicis casi todo quiere ser aceptado o al menos justificado, hay algo que me ha parecido absolutamente negativo. Es la elevada dosis de patriotismo militarista. Este es un con-



cepto que de ningún modo puede ser transmitido a los niños ni ahora, ni entonces, ni nunca.

Resumiendo en pocas palabras las conclusiones de mi relectura de *Corazón*, diré que su principal valor e interés ha sido el hacerme ver cómo las circunstancias históricas son las que condicionan la forma de vida de los pueblos y de los hombres y cómo la literatura difícilmente puede ser aséptica. ■